

● CRITICA MUSICA / ENRIQUE CENTENO

## Esos locos furiosos increíbles

**Título:** «La voz y la palabra».**Intérpretes:** Paco Ibáñez (voz y guitarra), José Agustín Goytisolo (palabra).**Teatro:** Marquina.**CALIFICACION** ★★

**C**OMO en uno de los libros de Goytisolo, «El tiempo y el olvido», este concierto-recital tiene mucho de recuerdo, pero no siempre de nostalgia. Paco Ibáñez recordó y demostró que muchas de sus viejas canciones habían, de pronto, cobrado siniestra actualidad, como cuando dedicó al juez Baltasar Garzón —presente en la sala— «La poesía es un arma cargada de futuro», de Celaya.

Una cámara negra, una mesa revestida de rojo para el poeta y, en el otro extremo del escenario, una silla para el cantante. Vestidos ambos de negro, desgrana Goytisolo sus poemas de amor, de recuerdos, de rebelión; alterna o «contrapuntea» Paco con temas afines. En un principio, el poeta se muestra nervioso entre la humareda de sus infinitos cigarrillos: «No sirves para nada», confesión autobiográfica a la que siguieron poemillas y nanas de amor, de desengaño o de composiciones urbanas («Esos locos furiosos



Paco Ibáñez y José Agustín Goytisolo.

increíbles», que le hemos hurtado en el titular) en los que repasaba sus «Palabras para Julia», «Los pasos del cazador» o «El retorno». Y Paco contenía su voz, cantando casi para él, controlando el sentimiento en desvanecimientos o tonos sólidos. De nuevo Lorca, Bécquer, Fany Rubio, Neruda, Alfonsina Estorni, Lorca... En algunas pausas, la broma, la ironía sarcástica como en la fábula de «La lechera» o «La mala reputación». El público superó una cierta frialdad en el comienzo y los juglares se fueron animando. La humanaidad de Paco Ibáñez —«que tiene cara de perro bueno», como dijo de él su compañero—

y la irónica modestia del poeta, pero sobre todo la formidable sencillez de sus poemas, dichos con natural emoción, hicieron más intensos los aplausos, las risas e incluso el corear de algunas canciones.

La segunda parte la dedicó el cantante, ya solo, a repasar parte de su repertorio, «canciones de hoy y de siempre». Recordó «Nos queda la palabra», que hizo suya y de muchos de los amigos presentes. Se despidió sencillamente, después de un par de vises. Entre el público, quizás alguien recordó el verso de Neruda, «tú y yo ya no somos los mismos»; ellos, era evidente, sí seguían siéndolo.